



QUART DE POBLET, EN FESTES

Un día en la vida de San Onofre.

AMADOR GRINYÓ I GUZMAN

Cronista de Quart de Poblet

ENTRE las tres obras póstumas que dejó escritas el portugués Eça de Queirós, figura la de San Onofre; se trata de una maravillosa hagiografía cristiana injertada sobre un armonioso fondo de novela realista moderna.

Y al tratarse de una obra de corte novelado, no entra en detalles profundamente biográficos, ni tampoco refleja con demasiada pulcritud la vida y los hechos que adornaron y fueron singulares prodigios del santo anacoreta; se impone, desde su punto de vista literario, la formulación de la soledad que gravita sobre las tinieblas y la claridad. Y en su caminar y padecer, sobre el inmenso desierto negro que le rodeaba, Onofre era la única forma viva. Algunos de los aspectos que el escritor relata son los que dejamos constancia en estos apuntes.

Sobre lo alto de un monte de roca rojiza y áspera y desnuda en el desierto de la Tebaida europea, provincia de Beotria, vivía en una caverna solitario desde los veinte años y seguramente

que la caverna había albergado a salteadores sarracenos, porque el amplio enlizado que delante de ella se extendía, en explanada, estaba cerrado y defendido por un muro de piedras sueltas ennegrecidas por el humo de las hogueras, y con saeteras como las de una ciudadela. Por ásperos peldaños cavados en la roca se accedía a un valle en el que, por un hilo de agua que caía de peña en peña, había creado un huerto de hierbas silvestres de olorosos perfumes, en el que también vegetaban tres palmeras. Detrás de los peñascos, las inmensas arenas arábigas se extendían ondulantes hasta el Mar Rojo. Cada vez que florecían las mimosas, marcaba en la roca una raya para apuntar los años.

Cada tres meses le visitaba un monje montado en un dromedario que traía en serones de esparto panes de avena duros y más anchos que ruedas, que los abades de los monasterios distribuían entre los «solitarios» de la Tebaida.

Después de dejarle a Onofre su pan, bebía una taza de agua fresca y desaparecía entre las dunas. Durante muchas lunas, Onofre no veía otro rostro huma-



San Onofre.

no y su vida seguía siempre igual.

Cada noche dejaba el montón de hojas secas que le servían de lecho y arrodillado y con los brazos abiertos delante de una cruz de madera que se sujetaba entre losas, hacía oración hasta que surgía el sol ardiente que de pie entonaba un cántico agradeciendo el día nuevo; después descendía a trabajar el huerto. Cuando la tierra le escaldaba los pies desnudos, fatigado y sediento, volvía a la caverna, desenrollaba los rollos de papiro que contenían los cuatro evangelios, encogido entre las sombras, besaba las líneas divinas y sumíase

en meditación reviviendo la vida del Señor. Una corteza de pan duro y unos pocos dátiles mojados con agua eran la comida del solitario Onofre.

Cada sorbo de agua le infundía el contento de poder estar un nuevo día consagrado a Dios, y en aquel silencio universal palpitaba su cansado corazón.

Así se movía aquella forma solitaria, única en tanta inmensidad de arenas desde Egipto hasta Arabia; y entre el trabajo, la oración, la penitencia y el éxtasis, vivía esperando a Dios.

Con la llegada de cada día era una nueva jornada la que le conduciría hacia la verdad y su triunfo le aproximaba al cielo. Era la doctrina de Jesús en la fe la que había penetrado su corazón; no obstante, temía haber vivido una vida estéril, invadido por el irremediable orgullo.

Cuando su cuerpo viejo y trémulo y sus pasos temblantes y torpes ya no le sostenían y apenas tenía vista, se recostó en el muro y una voz todo cariño a su lado murmuró: ¡Onofre! Volvió la cara y divisó una forma que resplandecía de blancura en la soledad del crepúsculo... Mudo, frío y desfallecido, cayó en la muerte, en el

esplendor del oro de la tarde.

Eça de Queirós describe las eminentes virtudes que adornaron la ejemplar y gran figura de San Onofre y le llama el solitario. Pondera su renuncia al mundo, al alejamiento de la sociedad, la vida en austeridad y sus días de recogimiento y oración que suponen el edificio de sus virtudes; era tan grande el espíritu de mortificación que busca vivir la vida de la fe y huye del mundo por no vivir la vida de los sentidos.

No señala ni hace referencia alguna a la fecha de su muerte ni a la edad que tenía cuando ésta le sobrevino; como se indica al principio, Eça de Queirós prodiga la literatura de imaginación y hace un admirable estudio novelado del personaje, imprimiéndole una deliciosa vivacidad y fantasía.

Tampoco hace ninguna referencia sobre si este insigne santo se dignará prodigar con su protección y patrocinio lugar alguno para perpetuar su memoria; va dejando resbalar a través de los relatos todas las inquietudes y testimonios que se desbordan en el corazón de Onofre, sumiso ante una permanente presencia divina, ambición trascendental para alcanzar la gloria de su tan meditada eternidad.